

Vivir y atravesar la experiencia educativa de Reggio Emilia

Iciar García Montenegro

Mi experiencia en Reggio Emilia empezó hace dos años. Cuando acabé mi formación en la universidad estaba llena de dudas, de alegrías, de miedos, de incertidumbres y de gran esperanza. Me di cuenta que durante esos años de formación en Magisterio los profesores me facilitaron los instrumentos y contextos para poder construirme una gran curiosidad hacia la cultura de la infancia, valorándola como una cultura fuerte en valores, estética y aprendizajes. Así que, gracias a ese sentimiento de respeto y curiosidad, entendí que mi formación como maestra no acabaría nunca; mi conocimiento sobre la infancia no podía limitarse a tres años de carrera y, sobretodo, sentía que yo no estaba preparada para estar con un grupo de niños, para ofrecerles una educación de calidad que pueda estar a la altura de sus intereses, conocimientos y aprendizajes. Decidí indagar más acerca de la educación, de la infancia y de sus valores. Elegí venir a Reggio Emilia fascinada por su modo de trabajar con los niños pero, sobre todo, por el respeto que tienen hacia ellos. Al poco tiempo de llegar aquí me di cuenta que lo que habían construido en Reggio Emilia en torno a la educación de la infancia iba mucho

Valorar al niño como persona que conoce y se relaciona es valorar también el grupo, el grupo como sujeto, pero que a la vez está formado por tantos sujetos e identidades; es la idea de pensar en los niños no como recipientes vacíos que 'quieren' ser llenados, sino pensar en los niños como personas competentes, capaces de hacer y de pensar

más allá que el respeto hacia los niños. Habían logrado construir un sistema fuerte formado por personas, escuelas e instituciones, pero sobretodo formado por valores. Un sistema de valores que daba y da sentido al trabajo de los maestros en el día a día, que da sentido a cada gesto de los adultos y de los niños, que da sentido a cada mirada entre adultos y niños y que da sentido, sobre todo, a sostener una educación de calidad construida cada día junto a los niños.

La construcción de un sistema de valores y relaciones

Entiendo la calidad como '*the discourse of meaning making*' o el discurso de la construcción de significado como la define Peter Moss en su libro *Beyond Quality in Early Childhood Education and Care*. "Todos nosotros construimos significados actuando como agentes pero siempre en relación con los otros [...]. Dar sentido requiere procesos de diálogo y reflexión crítica, trabajando sobre experiencias humanas concretas [...]. El discurso de la construcción de significado no solo adopta una perspectiva socio constructivista, sino que también entiende el aprendizaje como un proceso de co-construcción, a través del cuál en relación con los demás construimos el significado del mundo". Por eso, pensar a una escuela de calidad no es ver cuánto la escuela se adapta o no a criterios pre-establecidos, sino que la escuela tiene que ser capaz de crear un diálogo en el que construir

significados sobre todo lo que ocurre en ella. Es a través de este diálogo entre diferentes agentes que la escuela reflexiona sobre sus valores, experiencias y cotidianidad. Por eso, empecé a entender la calidad como esta capacidad de la escuela para crear significados.

Entusiasmada por estos nuevos descubrimientos, y atraída por esta nueva forma de entender la infancia, no quise perder la oportunidad de presentarme a las oposiciones de las escuelas municipales de Reggio Emilia. Estas se celebran cada diez años y la casualidad quiso que yo coincidiese en Reggio Emilia. Me presenté animada porque trabajar en estas escuelas suponía un gran reto para mí. Así que cuando aprobé no dudé en aceptar el puesto de trabajo. Gracias al máster que realicé en coordinador pedagógico (organizado por la universidad de Reggio Emilia y Módena junto a Reggio Children) contaba con una formación acerca de la filosofía pedagógica de Reggio Emilia que sin duda me ayudó mucho en mis primeros meses como maestra.

Imagen de infancia

El valor más importante y del cuál parten todos los demás es la idea o imagen del niño. Es la idea de pensar a los niños no como recipientes vacíos que 'quieren' ser llenados, sino pensar en los niños como personas competentes, capaces de hacer y de pensar. En palabras de Carla Rinaldi

(presidente de la asociación Reggio Children) "niños que no conocen el mundo, pero que tienen los instrumentos para conocerlo y lo quieren conocer... Niños capaces de relacionarse con el mundo y de construir sus propios conocimientos". Personas curiosas que quieren conocer el mundo y que son capaces de construir un propio conocimiento simbólico de la realidad. Valorar a los niños quiere decir justo esto, que los niños dejan de ser esos recipientes vacíos y pasan a ser esas mentes y ese cuerpo llenos de ideas, teorías, hipótesis y conocimientos. Todo este conjunto de construcciones simbólicas es lo que el niño pondrá en juego delante de una situación o un contexto nuevo. Incluso en las situaciones que a nosotros adultos nos pueden parecer absurdas o simples, los niños crean hipótesis y teorías que les ayudan a construir una percepción y conocimiento de la realidad cada día más complejo.

Me gustaría añadir un ejemplo. Yo trabajo este año en una clase de 26 niños de 4 años (junto con mi compañera también tutora de aula). Un día decidimos que queríamos valorar el baño como contexto de aprendizaje, donde se podía jugar con el agua y así entender más sus características como materia. Así que elegimos a dos niños para poder observar, privilegiadamente, su forma de explorar el baño sobretudo la parte de los lavabos y los grifos. Después de dejarles un tiempo para exploración, cogí una jarra milimetrada y les pregunté: ¿según vosotros, para qué sirve esta jarra? Mi mente de

adulto pensó enseguida que me dirían que para medir puesto que es un objeto que pueden ver tantas veces en casa. Y así fue, me dijeron que para medir. Pero la cosa increíble fue que cuando les pregunté el qué se medía con la jarra, su respuesta no fue el agua (respuesta que me parecía obvia), sino que su respuesta fue: "objetos". Me quedé un poco perpleja y estuve a punto de decirles que eso no era posible, pero me callé. Quería ver qué entendían ellos con medir objetos. Después de observar cómo jugaban con el agua y las jarras entendí que habían puesto en práctica lo que más tarde descubrí, que se llama el principio de Arquímedes (el volumen de un objeto es el volumen de agua desplazado al sumergirlo en esta). Durante su juego, los niños intercambiaban ideas, teorías e hipótesis y juntos construían unos pensamientos cada vez más complejos. Es así como los niños construyen su conocimiento, sus teorías y sus hipótesis y cómo, poniéndolas en práctica, pueden ver si son ciertas o elaborar nuevas.

Por eso, esta imagen del niño no es sólo desde un punto de vista cognitivo, sino que ve al niño como un ser completo cognitiva, afectiva y socialmente. Es una persona que, como hemos visto en el ejemplo, discute, dialoga y se confronta con los demás. Por eso desde el punto de vista social, se trata valorar al niño como una persona que —desde que nace— busca a los demás. Un ser que quiere estar con otras personas y que tiene dentro de él instrumentos y estrategias para estar junto con los demás. Por

eso, ver al niño de este modo supuso para mí empezar a pensar que no soy yo como adulto el que pone normas que el niño tiene que seguir, sino que más bien pruebo a construir junto a los niños unas normas o reglas que nos permitan a todos vivir en comunidad dentro de la escuela. Un proceso de construcción que es largo y, a veces, duro; pero que como grupo (de niños y adultos) tenemos que realizar para poder estar bien juntos.

Valorar al niño como persona que conoce y se relaciona es valorar también el grupo. Por eso, otro de los valores más importantes que he visto en Reggio Emilia es el valor del grupo. El grupo como sujeto, pero que a la vez está formado por tantos sujetos e identidades. Esto quiere decir que el grupo clase formado por niños y adultos se convierte en un sujeto capaz de construir aprendizajes y que, a la vez, cada sujeto dentro del grupo está construyendo su propio conocimiento. Para que esto ocurra es necesario ser capaz de valorar cada niño y maestro por lo que es y por lo que puede ofrecer al grupo. Es mirarlo con sus límites y sus capacidades para poder trabajar ambos juntos. Por eso, en la escuela hay diferentes organizaciones del grupo en la cotidianidad: pequeño, medio y grande grupo (creando también momentos y espacios para la intimidad y la individualidad). Esta alternancia de grupos posibilita la creación de una continuidad entre todo lo que ocurre en la clase: entre las construcciones individuales de aprendizajes y experiencias.

Dentro de estos grupos, el niño puede encontrar un lugar como un 'forum' donde discutir y dialogar acerca de todo lo que le rodea. Es así como podemos sostener la construcción del conocimiento del niño, a través del aprendizaje cooperativo tiene la oportunidad de conocer la realidad desde varios puntos de vista y, así, construir una visión de ella más completa y crítica. Por eso, otro de los valores más importantes de Reggio Emilia es el hecho de valorar las diferencias no como límites a la experiencia didáctica y educativa sino como recursos para ella. No queremos crear 26 niños iguales, sino un grupo formado por 26 niños diferentes que se respeten y que sean capaces de escuchar y dialogar con el otro. Porque si como adultos somos capaces de sostener en los niños esta capacidad (que tantas veces los adultos hemos perdido) ellos serán capaces de aprender de todos, de todo y con todos en cada momento.

Pero para poder desarrollar esta capacidad de escucha, los maestros deben ser también capaces de llevarla a cabo. Por eso, en Reggio Emilia se habla de la 'pedagogía de la escucha', porque hace falta escuchar para entender, para poder estar con los otros, para poder conocer a los niños, saber cuáles son sus intereses, sus emociones, sus conocimientos, sus aprendizajes. Una escucha que se puede considerar en el modo más simbólico de ella misma, o sea una escucha a través de todos los sentidos y en todos los momentos.

Pedagogía de la escucha y proyecto

A través de esta pedagogía 'dell'ascolto' (de la escucha) se intenta sostener el proceso constructivo cognitivo del niño. Un proceso de construcción que no es lineal sino que va hacia delante y después vuelve, que está lleno de errores, de pruebas y de experiencias. Esta idea de que el niño construye su aprendizaje (el constructivismo) hace que los adultos se pongan al lado a los niños en una posición diferente a la clásica. Porque implica que el proceso de enseñar-aprender se transforma y el adulto se convierte en la figura capaz de sostener este viaje del niño a través del conocimiento.

Es muy difícil poder seguir los aprendizajes de los niños a través de la programación porque esta implica un modelo didáctico cerrado, lineal, rígido y con poca flexibilidad.

En Reggio Emilia se habla de 'progettare', proyectar, que viene del latín *proiectāre*, *proiicēre* y que significa arrojar; lanzar hacia delante; idear, trazar o proponer el plan. En cambio, cuando se habla de la palabra "programa", que proviene del vocablo griego "pro" que significa delante y "gramma" escritura; o sea, un escrito que indica los pormenores de algo, o que busca los resultados de algo. Según esta etimología, se pueden ver de inmediato las diferencias entre las dos vertientes didácticas. Proyectar, como dice la definición (idear, trazar

o proponer un plan) implica una cierta incertidumbre ya que no es como la programación que nos da los pasos a realizar para obtener algo. Estrechamente relacionada con la pedagogía de la escucha, proyectar nos permite realmente seguir el proceso constructivo del conocimiento hecho por los niños y, en base a eso, organizar la actividad didáctica del aula. Pero pensar en términos de proyectar, como proceso didáctico muy complejo, implica tener en cuenta otros elementos educativos. En primer lugar, es erróneo pensar que proyectar significa tener un proyecto en el aula y, contemporáneamente en paralelo, espacios donde los niños puedan jugar. Proyectar significa proyectar toda la cotidianidad desde el momento en que los niños llegan a la escuela hasta el momento que los niños se van. Es pensar cada acción que, como maestro, realizas en clase, cada palabra, cada juego, cada canción, etc. Proyectar significa crear espacios y contextos ricos de significado y posibles aprendizajes. Pero, sobretodo, es cambiar el punto de vista y ver que proyectar es una actitud, un modo de estar con los niños de respeto y curiosidad.

Cuando comencé a trabajar en Reggio Emilia esto fue sin duda una de las cosas que más me llamó la atención, puesto que implicaba para mí empezar a valorar todos los momentos del día como momentos pedagógicos. Es decir, la comida ya no era solo el momento para comer, sino también para interaccionar, para aprender a estar

con los demás, a esperar el turno, aprender los colores, etc... Y así con todos los momentos del día (el baño, la llegada a la escuela, la despedida por la tarde, el patio...) para crear una cotidianidad rica.

En segundo lugar, para proyectar no nos podemos fijar solo en los resultados que los niños elaboran sino que se hace necesario valorar mucho más los procesos a través de los cuáles llegan a esos resultados. Valorar el proceso del niño quiere decir valorar y evaluar también el proceso que hacemos como maestros. Para poder seguir los procesos por encima de los resultados entra en juego otro de los valores (e instrumento) más importantes de Reggio Emilia: la documentación. A través de la documentación que se realiza de la cotidianidad de la escuela los maestros pueden crear ese hilo invisible que hace que todo tenga sentido, que permite ir hacia delante, sostener el pensamiento de los niños y poder proyectar contextos nuevos y ricos en significado.

Documentación

Gracias a este instrumento (la documentación) los maestros pueden crear, como he dicho, contextos ricos, no solo en propuestas si no también ricos en espacios y materiales. Pensar no solo en las propuestas y actividades, sino también en los espacios, ha sido sin duda uno de los descubrimientos más grandes que he podido realizar en Reggio Emilia. Así el espacio se convierte en el tercer educador de la clase y adquiere

un rol fundamental en la cotidianidad pedagógica y didáctica. A través de la frase de Loris Malaguzzi (1984) donde declara que "nosotros también pensamos que el espacio debe ser una especie de acuario donde se reflejan las ideas, los valores, las actitudes y la cultura de la gente que vive en él" podemos reflexionar sobre la gran importancia que tiene el espacio en el proyecto educativo. El espacio de la clase declara, sin duda, nuestras opciones pedagógicas por eso es muy diferente tener espacios rígidos o flexibles, estáticos o en movimiento, transparentes u opacos, con identidad o sin ella. El espacio —junto con los materiales— permite también a los niños construirse una idea de escuela específica así como una identidad a la que pertenecer. Además, tienen que ser espacios y materiales capaces de sostener la teoría de los cien lenguajes del niño (entendiendo lenguajes no solo como los clásicos del arte, sino todos aquellos a través de los cuales cada uno de nosotros construye su aprendizaje), la escuela no puede reducirse a los simples lenguajes o más bien códigos escritos o numéricos si no que tiene en su mano crear contextos en los que los niños puedan experimentar todos los lenguajes que poseen y que los adultos tantas veces hemos perdido.

Una escuela amable

Muchas veces, cuando se habla de pensar en espacios de la escuela para los niños, se tiende a 'infantilizarlos', a llenarlos de imágenes que se suponen que a ellos les gusta

(como las de Disney o las de animalitos...). Sin embargo es importante preguntarse qué tipo de estética queremos ofrecer al grupo de niños y adultos que viven la escuela todos los días. Así que otro de los valores muy importantes de Reggio Emilia es la estética, no entendida como el concepto clásico de belleza, sino como concepto mucho más complejo. La estética entendida como todo aquello capaz de activar las percepciones sensoriales.

Es importante pensar la escuela no solo como lugar para los niños, sino también para las familias y para los adultos. Una escuela que, en la cotidianidad, es habitada por tantas personas y que tiene la responsabilidad de crear en ellos un sentimiento de formar parte de la comunidad educativa. Este sentimiento se desarrolla, sin lugar a dudas, a través (aunque no solo) de la participación y de la gestión participada de la escuela. Para que los adultos se sientan parte de la escuela es importante que sientan que se cuenta con ellos, que junto con los maestros tienen en sus manos la gestión de la escuela y que ellos también son partícipes de las decisiones que se toman. Este sentimiento no se crea con el simple hecho de 'crear participación' a través de reuniones, sino que es más importante poder crear una escuela participada a través de la cotidianidad: poder hablar con ellos de lo que sucede en la escuela, compartir dudas, alegrías o discutir sobre temas que interesan a todos. Creando un sistema de valores y cultura

tan rico que se convierte en un sistema también para la ciudad.

Una escuela habitada también por un grupo de adultos que trabaja cotidianamente para poder ofrecer en la práctica una educación coherente a los valores antes mencionados. Este grupo de adultos no está solo formado por maestros o maestras, sino que cuenta con otros profesionales con diferente tipo de formación y experiencia. Esta diversificación de los roles de los adultos que trabajan en la escuela permite crear un diálogo e intercambio entre todos con el fin de co-construir la escuela en el día a día. Entre las personas que trabajan dentro de la escuela es importante destacar la figura del atelierista, no porque tenga más o menos importancia que las demás, sino porque es sin duda una de las características más importantes de las escuelas de Reggio Emilia. La figura del atelierista es una persona que cuenta con formación no pedagógica sino más bien artística, que aporta a la escuela un punto de vista diverso y que contribuye a desarrollar una estética de la escuela y los cien lenguajes de los niños. El atelierista desarrolla su trabajo en continuidad con todos los demás adultos que trabajan en la escuela, no crea laboratorios paralelos a la cotidianidad de las clases, sino que juntos con las maestras de aula desarrolla proyectos y proyecta el día a día.

Para mí fue muy especial poder ver cómo dentro de la escuela todos los roles tenían

importancia y cómo la cocinera y las auxiliares de limpieza interaccionaban con los niños y participaban al proyecto educativo a través de reuniones, discusiones, diálogo e intercambio. La cocinera y el personal de cocina cobran un especial valor para educar a los niños en temas como la alimentación, el respeto al ambiente, el orden, la limpieza y otros muchos temas.

Este gran sistema complejo formado por personas es imprescindible para poder sostener todo el sistema de valores. Por eso, en Reggio Emilia todas las escuelas municipales se unen formando un sistema o red donde intercambiar experiencias y conocimientos. Un gran sistema que, sin duda, está formado por tantos pequeños sistemas que son cada escuela. Cada escuela podría ser considerada como un sistema formado por un grupo de adultos (maestros, 'pedagogista', cocinero/a, auxiliares de limpieza, atelierista, etc) que dialogan, discuten y comparten una experiencia cotidiana específica. Por otra parte, la unión de todas las escuelas forma otro gran sistema de intercambio y diálogo. Es este enfoque sistémico, no solo respeto a la educación de los niños, sino que también supone un enfoque organizativo de gran valor que desarrolla, en la práctica, Reggio Emilia. Dentro de este gran sistema se crean relaciones, experiencias y discusiones que están en la base de la formación de las personas que lo habitan cada día. Esto quiere decir que, aunque sí existen momentos organizados de formación específicos sobre

alguno de los temas, la formación más importante es la co-formación y auto-formación. Sin duda, esto hizo que para mí cambiase por completo mi opinión sobre la formación y sobre la escuela. Esta pasó de ser un lugar donde aplicar mis conocimientos o aprendizajes que yo conseguía fuera para convertirse en un lugar donde poder aprender tantas cosas nuevas y reformular tantos pensamientos e ideas que yo tenía. Cambió también mi relación con mis compañeras de trabajo (maestras, cocinera, auxiliares de limpieza, atelierista, etc.) porque a través del diálogo, la discusión y el intercambio empecé a valorar a todas y a aprender de todas. Por supuesto, me quité el miedo a discutir sobre las cosas (discutir respetando a todos) porque a veces dentro de una escuela parece que las cosas son de un determinado modo y no se pueden cambiar o discutir (aunque sí muchas veces ninguno entiende por qué son así).

Sin lugar a duda, de mi experiencia en Reggio Emilia creo que la cosa que más me ha dejado marcada es aprender a pensar que, si se quiere, se puede. Que uno no necesita tener tanto dinero para empezar a valorar el niño como una persona competente, ni para pensar en la cultura de la infancia como una cultura rica. Tampoco necesitas tanto dinero ni tiempo para construir una escuela que sea una comunidad en la que todos estén bienvenidos a participar (incluso, y sobre todo, los padres). Estoy aprendiendo que se necesita poco para dejar de programar tanto y empezar a valorar cada

momento del día como importante, para decidir qué hacer cada día con los niños y para no cerrarse en programas que no entienden de un grupo de niños específico. He entendido que los procesos de verdad cuentan mucho más que los resultados, porque es ahí donde se pueden de verdad valorar las capacidades y los límites de cada uno. Estoy aprendiendo a crear una estética de la escuela que no sea infantil, sino más bien que sea capaz de sostener los aprendizajes de los niños (porque, aunque no lo parezca, eso se aprende). Estoy

aprendiendo mucho no solo a través de la teoría, sino también a través de la práctica: divirtiéndome con los niños y los adultos, aprendiendo con ellos y de ellos, discutiendo, enfadándome, cansándome (porque el cansancio existe, pero es algo positivo si se sabe valorar), jugando, documentando, errando, etc. Estoy aprendiendo a vivir una educación de calidad y, sin duda, ánimo a todos a empezar a construir esta gran experiencia que como dice Machado, 'Caminante no hay camino, se hace camino al andar'.

Bibliografía

- BRUNER J. (2007). *La cultura dell'educazione*. Milán: Gianciacomo Feltrinelli. Edición española: Bruner J. (1997). *La educación puerta de la cultura*. Madrid: Antonio Machado libros.
- BRUNER J. (2005). *La mente a più dimensioni*. Bari: Editorial Economica Laterza. Edición española: BRUNER J. (2001.) *Realidad mental y mundos posibles: los actos de la imaginación que dan sentido a la experiencia*. Barcelona: editorial Gedisa.
- DAHLBERG, G.; MOSS, P.; PENCE, A. (1999). *Beyond Quality in Early Childhood Education and Care*. Gran Bretaña, Oxon: Routledge Falmer.
- EDWARDS, C.; FORMAN, G.; GANDINI, L. (a cura de) (1995) *I cento linguaggi dei bambini*. Azzano San Paolo (BG): Ediciones Junior.

Resumen

Mi experiencia en Reggio Emilia empezó hace dos años. Cuando conocí el sistema educativo de la ciudad, descubrí un gran sistema de valores que acompaña y sostiene la cotidianidad de la escuela. Una escuela que tiene en sus manos defender, difundir y valorar una imagen del niño como ser competente e inteligente. Este principal valor sobre la imagen del niño, junto con todos los demás valores igualmente importantes, dan sentido a cada acción que maestros, educadores y demás adultos, que trabajan en la escuela, ponen en práctica para la educación de los niños. Un sistema de valores que viene sostenido,

a su vez, por un gran sistema de instituciones y, sobretodo, un sistema de personas que discuten, dialogan e intercambian experiencias y pensamientos. Es para mí un gran honor poder participar en una experiencia educativa como la de Reggio Emilia porque me permite, como maestra, construir un pensamiento crítico y elaborado sobre la educación de los niños y mi práctica educativa del día a día.

Palabras clave: experiencia, sistema, valores, escuela.

Abstrac

My experience in Reggio Emilia started two years ago. When i met the educative system of the city, i discovered a big sistem of values that goes and holds the quotidianity of the school. A school that has the role of defend, spread and value an image of the child as a competent and itelligent person. This main value about the image of the child, together with all the other values also importants, give sense to each action that teachers, educators and other adults that work in the school, put in practice for the education of the children. A sistem of values that is supported by a system of intstitutions and, overcoat, by a system of people that discuss, dialogue and exchange experiences and thoughts. For me, it's a big honour to participate in a educative experience as the one of Reggio Emilia because it permits me, as a teacher, to construct a critic and elaborated thought about the education of the children and about my educative practice of each day.

Key words: experience, system, values, school.

Iciar García Montenegro

Maestra de educación infantil

Scuola dell'infanzia comunale nel Centro Internazionale Loris Malaguzzi

giciar@hotmail.com